

LA EDUCACIÓN Y LA REPÚBLICA: DOS PARADIGMAS EN LA HISTORIA DE LA NACIÓN CHILENA

PROLOGO

Históricamente, en Chile, desde los orígenes de la República, la educación ha sido una preocupación y una tarea fundamental a cargo del Estado. Esta afirmación se basa no solamente en la revisión crítica de las publicaciones de los grandes autores pedagógicos y políticos del siglo xix y siglo xx, sino en la constatación del rol ejercido por el Estado en el desarrollo de la infraestructura y la institucionalidad educativa de la nación chilena a lo largo de dos siglos de historia republicana.

La función pública educativa en el siglo xix respondió al despliegue de la noción de progreso, a la influencia de las doctrinas de la ilustración europeas, los atisbos de modernidad que produjeron numerosos pensadores chilenos y extranjeros en nuestro país.

Este ensayo explora algunas fuentes históricas del siglo xix y xx para examinar, describir y analizar la función pública educativa en la sociedad chilena, tanto en la forma de las políticas públicas como de los modelos educativos y pedagógicos que se pusieron en marcha y propone una reflexión acerca del debate educacional actual en nuestra sociedad.

Estamos en presencia de un debate público ideológico y valórico de la mayor trascendencia para nuestra sociedad.

Manuel Luis Rodríguez U.

Punta Arenas – Magallanes, invierno de 2011.

LOS INICIOS DE LA REPUBLICA Y LA EDUCACIÓN

En la enorme y diversa cacofonía de voces que pueblan el espacio público por estos meses, en torno a la educación y a la educación universitaria en el Chile de hoy, lo primero que podemos celebrar –y acaso lo único- es que un creciente movimiento ciudadano formado alrededor de los estudiantes y los educadores ha puesto en tensión al gobierno y al sistema político, ha movilizad las voluntades y las conciencias de millones de chilenos y chilenas en torno a uno de los tópicos cruciales de nuestra sociedad presente y futura. Mi reflexión con la que deseo aportar a este gran debate público y nacional dice relación con la importancia de recuperar el sentido valórico y ético de la educación pública, y con el carácter cívico esencial que le cabe en la construcción de nuestra nación.

Porque a no dudarlo, en Chile, en los recientes decenios, se ha llegado a legitimar y a “normalizar” (es decir, a convertirse en normal), un paradigma de la educación que la entiende como un negocio lucrativo, que se centra en los contenidos utilitarios para la productividad futura del egresado y que forma individuos con mentalidad competitiva.

La educación en la construcción de la Nación

El sentido originario y fundamental de la educación en general y de la educación pública en particular en las sociedades modernas, es la de constituirse en uno de los pilares de la construcción de la nación. Se trata del ideal ilustrado y moderno, del cual fueron tributarios figuras como Camilo Henríquez, Andrés Bello, Diego Barros Arana, José Victorino Lastarria, Amanda Labarca, Pedro Aguirre Cerda y otros grandes ciudadanos que entendieron que Chile es una nación joven (con no más de doscientos años de trayectoria institucional), de manera que vivimos todavía un proceso de construcción de la nacionalidad.

Es posible pensar que todo fue pensado en los orígenes de esta República. Tomemos algunos ejemplos históricos.

Cuando se creó el Instituto Nacional en 1813 bajo la inspiración de José Miguel Carrera, Camilo Henríquez y Juan Egaña, pensaron en un liceo público, laico y universal financiado por el Estado. Cuando Andrés Bello creó la primera universidad chilena en 1843, pensó en una universidad pública, laica y universal. Y desde entonces la nación chilena se forjó en base a decenas de parlamentarios, empresarios, trabajadores, profesionales, técnicos, Presidentes de la República, Premios Nacionales de literatura y científicos que se formaron en liceos fiscales y en una educación pública y universal.

Presidentes como Manuel Bulnes, Manuel Montt, Anibal Pinto, Federico Errazuriz Echaurren, Domingo Santa María, Ramón Barros Luco, Juan Luis Sanfuentes, Carlos Ibañez del Campo, Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos, Gabriel González Videla, Jorge Alessandri Rodríguez, Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende, Patricio Aylwin, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet, entre otros, son el fruto de una educación pública, laica (desde 1925 en adelante), gratuita y universal.

Fue entonces, a lo largo de más de un siglo y medio de historia republicana, la educación pública (y sin perjuicio de la existencia de universidades y liceos privados) la que hizo posible que se construyera una nación y un identidad, y que el desarrollo educacional científico y literario diera, entre otros resultados a dos premios Nobeles de Literatura, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, en su tiempo, estudiantes de liceos fiscales gratuitos y laicos.

La educación pública siempre ha sido entendida históricamente en Chile, como una educación universal (en el sentido de inclusiva y no segmentada ni excluyente) y gratuita (desde el punto de vista de los alumnos y de las familias).

La educación pública entonces -entendida como una educación laica, universal y gratuita- constituye en la Historia de Chile uno de los fundamentos culturales e intelectuales de la República, y cuya única excepción ha sido la implantación (desde 1973 en adelante) de un modelo neoliberal y privatizador de la educación basado en el despojo del rol del Estado en la orientación y promoción de una educación pública de calidad, en el lucro y en un rol subsidiario del Estado en el proceso educativo, que ha llevado a la bancarización del financiamiento de la educación universitaria y a profundizar las diferencias y brechas sociales.

Camilo Henríquez y más tarde, Andrés Bello, hablaban de la educación bajo la denominación de "las luces", dando a entender la metáfora que la función educacional y pedagógica cumple con la tarea de proporcionar luces a la mente y la razón.

Se trataba sin duda de una expresión que reflejaba la formación ilustrada de la primera generación de padres fundadores de la República, que se habían nutrido -como Carrera, como O'Higgins, como Rodríguez Erdoiza, como Egaña, como Infante- en las ideas y doctrinas proclamadas por la revolución americana de 1776 y francesa de 1789.

Andrés Bello, por ejemplo, ejerciendo como Senador en 1845, defendía la necesidad de incrementar el presupuesto destinado a la Universidad de Chile y a la educación primaria argumentaba que el rol de la primera universidad estatal de la nación era la de "*estar especialmente encargada de la educación moral y religiosa del pueblo*" (1).

A nadie le cabe la menor duda en los primeros decenios de la República, y aun en presencia de establecimientos educacionales privados religiosos, que el rol educativo central en esta nación en formación, le correspondía al Estado,

como garante de la seguridad, la propiedad y de la felicidad colectiva, como rezaban sus Constituciones de 1811, 1812 y 1818.

Juan Egaña, por ejemplo, en su texto titulado "Exposición de los principios que consolidan el pacto social de los habitantes de Chile", escribe ya en el año 1810 lo siguiente: "*Los gobiernos deben cuidar de la educación e instrucción pública, como de una de las primeras condiciones del pacto social*". (2). Y más adelante, en su proyecto para la creación del Instituto Nacional, escribía Egaña: "a más de los pupilos de artes y ciencias sostenidos por el colegio, habrá enseñanza pública para todos los ciudadanos que concurren..." (3).

En esta perspectiva, para Egaña, el rol educacional del Estado y la responsabilidad estatal por la formación de las futuras generaciones están directamente asociados al pacto social, al contrato social que constituye el fundamento de la cohesión de la nación que comienza a constituirse. Desde este punto de vista entonces, la nación es mucho más que una cierta cantidad de individuos y de familias habitando en un territorio y gobernados por un Estado, es mucho más que una bandera y un himno, signos exteriores de una determinada comunidad, sino que ella reúne la vocación común y solidaria de quienes comparten una misma historia, una misma identidad y un mismo proyecto de futuro común.

La nación no es, se está haciendo.

La nación no es un resultado final que concluye, es un proceso de construcción en el tiempo en el que se suponen convocados todos los ciudadanos sin excepción, y donde la educación desempeña el rol crucial, estratégico, de servir como cemento ético y valórico que cristaliza y mantiene la cohesión del edificio social.

Pero, si aceptamos por un momento este ideal de nación, ¿podemos decir que el actual sistema educacional chileno está produciendo efectivamente una misma historia, una misma identidad y un mismo proyecto de futuro? ¿Es la misma chilenidad la que resulta de estos tres sistemas educacionales que, desde el jardín infantil y hasta la universidad, parece entender que la educación es un bien transable en un mercado y que los estudiantes son clientes o usuarios que compran un servicio según un precio fijado según los arcanos insondables la ley de la oferta y la demanda?

¿Qué tiene de común un estudiante de un colegio municipal asentado en los suburbios más pobres de nuestras ciudades, con un estudiante de colegio particular de los barrios acomodados de la misma ciudad? Esos dos estudiantes, social y culturalmente segmentados, territorialmente distantes, ¿entienden y reconocen la misma historia de su país, comparten una misma identidad cultural y responden al mismo llamado de un proyecto futuro de país y de sociedad?

Tengo mis dudas...

La nación se construye sobre la base de la diversidad territorial y de la

integración social, de ciertos valores éticos comunes y socialmente reconocidos y del propósito común de compartir un mismo ideal de país y el actual sistema educacional no conduce en esta dirección, sino a una cada vez mayor segmentación social y cultural, a pesar del esfuerzo de educadores y profesores.

En toda sociedad organizada y en toda democracia que se precia de moderna, el sistema educacional cumple la función de producir conocimientos y transmitirlos desde las generaciones anteriores hacia las generaciones futuras, en una suerte de socialización continua que permite que los individuos se integren en la sociedad, a partir de la adquisición de un conjunto de herramientas conceptuales, valóricas y procedimentales.

La educación además está llamada históricamente a convertirse en uno de los principales mecanismos de ascenso social, de promoción y movilidad social, de manera que los individuos de condición social más desfavorecida tengan las oportunidades suficientes para ascender en la escala social.

La nación es el resultado de un enorme y cotidiano esfuerzo de unidad, de integración diversa, de acoger a los distintos en torno a ciertas instituciones que garantizan a todos los individuos un piso suficiente (me niego a usar esa palabra "mínimo" en un país que se dice en vías de desarrollo) de accesos y oportunidades y ese nivel suficiente y justo de igualdad de oportunidades, solo se garantiza y solo se logra con una educación pública laica, gratuita, universal, inclusiva y con los más altos estándares de exigencia.

Y una de las mejores demostraciones de los resultados históricos que han dado en Chile, el sistema público de educación, que predominó hasta 1973 y el sistema mercantilizado actual de educación, es que aquel sistema de escuelas y liceos públicos de calidad fue capaz de producir dos Premios Nobel de Literatura para Chile, Gabriela Mistral y Pablo Neruda en menos de veinte años (ambos formados en liceos fiscales), mientras que el actual sistema mercantilista de educación ha resultado incapaz de producir para Chile un solo y miserable Premio Nobel de Economía...

ELEMENTOS PARA UNA CRÍTICA DEL PARADIGMA NEOLIBERAL DE LA EDUCACIÓN

¿Cómo hemos llegado entonces a esta extrema distorsión ideológica de la mercantilización de la educación, cómo hemos llegado a vivir y a aceptar que la educación es uno de los negocios más lucrativos del siglo xxi?

Lo grave de esta mercantilización de la educación no es solamente su transformación en un bien transable en el mercado, sino que mientras más segmentada y socialmente elitista se ha hecho, peor es percibida la calidad (o los resultados finales) del proceso educacional.

Los estudiantes leen menos, tienen menores niveles de comprensión,

presentan deficiencias conceptuales innegables, cuando hacen el tránsito entre el colegio y el liceo, las que resultan abismantes cuando pasan del liceo a la universidad.

La ideología de la educación como mercado y como bien transable, en el caso de Chile y de muchos otros países latinoamericanos y europeos, es la misma que sustenta el modelo económico y la Constitución Política de 1980 (que le sirve de piedra de tope de todo el sistema): todo está para ser comprado y ser vendido, todo constituye un mercado, y el sistema educacional –en este modelo de país idealizado por el mercado- cumple una función única y central: proveer de mano de obra suficiente y eficiente -ojala lo más barata y lo menos crítica posible- para el sistema productivo.

No importa entonces ni resulta aconsejable para esta lógica mercantilista predominante que los jóvenes de colegios y liceos adquieran capacidad crítica, capacidad de análisis, desarrollen pensamiento crítico o capacidad de cuestionar la educación y la sociedad que les “estamos vendiendo” para el futuro. Basta con que conozca las operaciones básicas, que adquiera los conocimientos básicos, los “contenidos mínimos”, para que se convierta mañana en un eficiente y productivo empleado dentro del sistema productivo.

Una de las dimensiones esenciales del desarrollo en la sociedad moderna, como lo ha sido también en el pasado, es la educación entendida como proceso socio-cultural y político de transmisión generacional de conocimientos y como institución.

En la actualidad, en Chile, multitudes de ciudadanos y de estudiantes, han traído nuevamente a la agenda pública el problema educacional como respuesta a una tentativa privatizadora desde el gobierno.

Pero, más allá del debate político y académico sobre la educación que con frecuencia se encierra en cifras, ítems presupuestarios y fórmulas administrativas de gestión, la cuestión esencial que se está debatiendo es sobre el tipo de educación que el país pretende para las actuales y futuras generaciones.

Este es un debate necesariamente político, plagado de dimensiones éticas, pedagógicas, sociales, económicas e ideológicas, pero en esencia un debate político en el sentido que están en cuestionamiento proyectos de país, grandes cosmovisiones globales acerca del tipo de educación que la ciudadanía demanda.

Entonces, si la cuestión educacional es un debate político, hay que reconocer que, una vez más, como en 2006 cuando la “revolución pinguina”, la discusión y los contenidos trascienden a la generación joven, involucran al conjunto de la sociedad, a todos los ciudadanos.

Detrás de toda concepción de la educación subyace un proyecto de país, una idea de nación presente y futura que unos y otros desean plasmar en la

realidad de las instituciones y de las escuelas. En términos simples, la educación se ha salido del aula para instalarse como tema controversial en toda la sociedad involucrando a toda la ciudadanía.

El informe sobre la Educación en Chile del Banco Mundial y la OCDE del año 2009 afirma que: *"El 20% más pobre de las familias está poco representado en todos los tipos de institución, aunque los CFTs, nuevamente, se acercan más a la paridad con 14%. Las universidades privadas matriculan sólo 15.5% de sus estudiantes del 40% de las familias más pobres y 41.6% del 20% más rico."*(4) La segmentación social resultante de este triple sistema educacional (educación privada, educación subvencionada y educación municipal), es que los establecimientos de mayor costo y calidad tienden a formar la futura elite empresarial y gobernante, la educación técnico-profesional y los establecimientos subvencionados forman profesionales y técnicos clase media y la educación municipal (con algunas excepciones), forman la masa de mano de obra que ingresarán a la fuerza de trabajo del sistema.

Es decir, el sistema educacional es el más fiel reflejo de esa separación de clases y de esa segmentación socio-cultural que caracteriza a la sociedad chilena gobernada bajo la ideología neoliberal. La educación deja de ser el cemento de cohesión y el fundamento de la nación, para convertirse en una gigantesca máquina para reproducir desigualdades.

CUANDO LOS JÓVENES SE DAN CUENTA

Todo el entramado de este casi perfecto sistema político y modelo educacional vigente en Chile desde hace 30 años, sin embargo, parece haber presentado una fisura.

En términos de ingeniería, este sistema educacional está presentando serias manifestaciones de "fatiga de materiales".

Primero fue el 2006, en que los estudiantes de la enseñanza media, en pleno proceso de la reforma educacional instaurada desde el gobierno de Frei-Ruiz Tagle, tomaron consciencia en carne propia de los defectos y de las desigualdades profundas de la educación la que estaban sometidos, y se manifestaron masivamente.

Los ideólogos del sistema y los gobernantes de la época, se demoraron en comprender la profundidad de la demanda estudiantil y las repercusiones políticas del cambio necesario y procedieron a encapsular las reivindicaciones estudiantiles en una comisión de tamaño asambleístico cuyos resultados apenas modificaron las bases conceptuales de sustentación del modelo educacional en curso. Los estudiantes del 2006 vieron frustradas sus demandas esenciales, las que fueron satisfechas momentáneamente con más presupuesto y más infraestructura, pero con el mismo sistema educacional de resultados dudosos.

Ahora en el 2011 (si uno lo calcula en términos generacionales, son los mismos estudiantes secundarios del 2006) los que ocupan las aulas universitarias vuelven a descubrir que el lucro, la diferenciación social y la mala calidad del resultado educativo final, les afecta ahora directamente en las postrimerías de sus carreras en la educación superior.

Con una diferencia con respecto al 2006: esta vez el debate público sobre la educación se ha generalizado, y las enormes multitudes de ciudadanos en movimiento instalaron a la educación en la agenda política, cuando nadie se lo esperaba y cuando los actores políticos estaban preparando sus batallas electorales para el 2012.

La educación nos estalló en la cara a todos los chilenos y bien que así haya sido.

NOTAS Y REFERENCIAS

1 Scarpa, R.E.: Antología de Andrés Bello. Santiago, 1970. Ediciones de la Universidad de Chile, p. 42.

2 Silva Castro, R.: Fundación del Instituto Nacional. 1810-1813. Santiago, 1953. Imprenta Universitaria, p. 6.

3 Silva Castro, R.: Fundación del Instituto Nacional 1810-1813. Santiago, 1960. Imprenta Universitaria, p. 5.